

**Lliçó de graduació  
de la promoció 2012  
“Las claves para  
salir de una crisis”  
Mariano Torcal,**

**professor del Departament  
de Ciències Polítiques i Socials**

**Barcelona, 15 de desembre del 2012**

## Las claves para salir de una crisis

Rector Magnífico; apreciada presidenta del Consejo Social; apreciados vicerrectores, decanos, profesores y profesoras, y sobre todo, en un día como este, apreciados graduados y graduadas y familiares, amigos y amigas que nos acompañan.

Sé que es un día muy importante para vosotros y para vuestras familias y amigos y amigas. Lo es también para esta institución de la que formo parte y para el colectivo de colegas y profesores que han participado en vuestro proceso de educación durante estos últimos años. Todos nos sentimos orgullosos de vosotros. Nuestro trabajo y desvelo han merecido la pena.

Estáis en el fin de una etapa esencial de vuestras vidas y en el inicio de una nueva en la que se plantean retos y esperanzas renovadas. Pero también es una nueva etapa a la que os asomáis llenos de incertidumbres y miedos que se acrecientan dada la magnitud de la actual crisis a la que nos enfrentamos. Es como asomarse a un abismo profundo y oscuro. Lo sé, lo sabemos. Pero, precisamente, lo que intentaré transmitir es que esa misma crisis debe constituir el caldo de esperanza y cultivo para vuestro optimismo, ya que si hay una salida a la actual situación, esa pasa por vosotros. Esta sociedad, este sistema político, esta economía deben de contar con vosotros; necesitan de vosotros para salir adelante. Sin vosotros nuestra sociedad, nuestro sistema político, nuestra economía no tienen futuro. En realidad sois la clave del éxito presente y futuro.

Seguro que mis colegas aquí presentes, que han sido vuestros profesores durante los últimos años, comparten esta visión. Seguro que ellos, como yo, están contentos y orgullosos y ven el potencial de esta generación de nuevos graduados, preparados, educados, valientes y llenos de posibilidades. Seguro que pensarán, como yo lo hago, que vosotros sois la clave para salir de esta crisis. Que el futuro y las soluciones pasan por vosotros, y que realmente estamos en buenas manos. Una generación de jóvenes modernos, conocedores de las nuevas tecnologías y sus posibilidades, que han aprendido, madurado, que rebosan nuevas ideas, grandes valores, y que son conscientes de los retos y de que las soluciones tradicionales ya no valen. Primero porque no han funcionado y, segundo, porque estamos en un mundo distinto, un contexto muy diferente al que jamás se enfrentó ninguna otra generación precedente.

Sí, estamos en una crisis. Eso lo sabemos todos los presentes. Pero para salir de ella es necesario saber en dónde nos hemos equivocado, cuáles han sido nuestros errores. Es decir, es necesario hacer un buen diagnóstico.

Esta no es sólo una mera crisis económica. Estamos ante una crisis de gran profundidad que va más allá de una mera recesión económica que nos deja sin recursos y sin trabajos. Estamos ante una crisis de nuestros sistemas políticos, de nuestras instituciones, de nuestros modelos económicos, de nuestros sistemas educativos, de nuestros mecanismos de toma de decisión, y de nuestros valores fundamentales.

Nuestros sistemas políticos están en crisis fundamentalmente porque los mecanismos de representación tradicionales, por los que tanto luchamos, parecen no funcionar. Las decisiones que toman nuestros gobiernos se hacen en contra de la voluntad general, y en nombre de un supuesto bien común venidero, de una supuesta futura prosperidad cada vez más alejada; mientras en el camino nos vamos dejando los logros sociales y políticos de generaciones de ciudadanos españoles, catalanes y europeos. Parece como si nuestros gobiernos representativos ya no nos representasen y sólo respondiesen a intereses superiores y anónimos. Ni siquiera nuestras organizaciones supranacionales, que creamos para dar respuesta a los restos de un mundo cada vez más global, funcionan. Tenemos unas instituciones europeas desbordadas e ineficaces y cada vez más alejadas de los ciudadanos. ¿Dónde están las instituciones de la Unión Europea? ¿Y la Comisión Europea o el Parlamento Europeo que representa a la soberanía popular de los europeos? ¿Dónde quedan los tratados de Lisboa o experimentos similares creados para hacer la Europa de los ciudadanos? ¿Dónde están nuestros representantes europeos y nacionales y/o estatales? ¿A dónde han ido a parar nuestros derechos políticos y sociales básicos? ¿Quién está decidiendo por nosotros? ¿Para qué elegimos a unos representantes que luego alegan no poder hacer lo que prometieron? ¿Qué pasa con los partidos políticos? ¿Por qué siempre llegan tarde y mal? ¿Son los movimientos sociales como el 15-M el mecanismo apropiado para la articulación de intereses colectivos? Debemos ser capaces de dar respuesta a todo esto desde el análisis riguroso y reflexivo.

Esta también es una crisis de nuestras instituciones económicas estatales/nacionales e internacionales. ¿Dónde estaban estas instituciones cuando se estaban formando las grandes burbujas financieras y económicas que nos han llevado a la actual crisis? ¿Dónde estaban esas agencias de calificación que ahora son tan implacables con nuestras deudas? ¿Qué control ejercían entonces los bancos centrales estatales o el ahora inflexible Banco Central Europeo? ¿Por qué ahora no somos capaces de poner coto a uno de los orígenes del problema: la especulación financiera? ¿Quién controla a los decisores económicos y financieros? ¿Por qué no existen mecanismos de control de los mismos que hagan que al final prevalezcan los intereses colectivos de los ciudadanos? En definiti-

va, ¿cómo hacemos compatible, globalización, libertad de mercado y soberanía popular articulada a través de gobiernos estatales representativos? No puede ser que nuestro destino esté en manos de esa “mano muy invisible” pero dura e implacable que está dilapidando no sólo nuestros ahorros y nuestros trabajos, sino también nuestros logros políticos y sociales, nuestras democracias representativas, nuestras instituciones europeas e internacionales.

Somos víctimas de un capitalismo especulativo regido por el ansia de enriquecimiento fácil y rápido, en donde los referentes empresariales han sido los equivocados: no se valoraba aquellos que generaban una economía productiva, sino aquellos que se enriquecían del modo más rápido y visible a través de la especulación financiera e inmobiliaria. Además, todos quisimos ser parte de ese pastel, quisimos tener “nuestras preferentes”, y los bancos aprovechaban y nos engañaban haciéndonos creer que éramos parte de ese festín. El resultado es bien visible: ahora tenemos que renunciar a nuestros trabajos, sueldos y derechos sociales y políticos para salvar nuestros sistemas financieros, esos que originaron todo el problema. ¿Hay otras salidas? ¿Tenemos que salvarlos a toda costa? ¿Incluso por encima de la renuncia de nuestros derechos sociales y políticos básicos? Y salvándolos así, ¿nos garantizamos el futuro? ¿Cómo sabemos que no volveremos a las andadas?

Incluso en el campo de la cultura hay crisis. Estamos ante el triunfo de la mediocridad, ante el triunfo de lo que Vargas Llosa ha llamado “la civilización del espectáculo”. Ese espectáculo encaminado a buscar beneficios, pero legitimado apelando a nuestros supuestos gustos por lo vulgar, lo mediocre, lo fácil, lo comercial. Ahora nuestros iconos culturales son personajes mediocres, incultos, que utilizan un lenguaje vulgar y que carecen de todo lo deseable en un espacio público. ¿Cómo hemos podido llegar a esto? ¿Dónde estaban las universidades? ¿Los intelectuales? ¿Los profesores?

Y todo ello sin olvidar que también nos equivocamos al olvidar o aparcarnos valores esenciales. No todo vale. Tal vez me atrevo a decir que parte del problema sea que la posmodernidad nos llevó a olvidar que, como diría Kant, hay imperativos categóricos, y que cuando los hemos ignorado, hemos perdido el rumbo. Además, no todo fin justifica los medios. Los medios son muy importantes, tanto como el fin; sin medios legítimos, no hay fines legítimos. No hay razones de Estado que justifiquen el abuso de poder, la falta de transparencia y la falta de deliberación. Esos códigos éticos, o más bien la falta de ellos, explicarían por qué nos rodean políticos corruptos, empresarios corruptos, banqueros corruptos y funcionarios corruptos. Todos miramos a los demás, sin darnos cuenta que nosotros somos parte del problema, por activa o por pasiva.

También hay que recuperar el valor de la política en sus palabras mayores. El diálogo y la deliberación pública deben proliferar. Debemos decir basta a

medios de comunicación que de manera indisimulada, pero no explícita, no ayudan a la deliberación, sino a encapsular las audiencias, sus posturas, y a extremar las posiciones. Que nos ningunean nuestro derecho a deliberar desde la reflexión contrastada y seria. Ideólogos irreflexivos y superficiales, inmisericordes, ignorantes pero bien informados dominan nuestros medios con su haz mesiánico de cuarto poder. ¡Seamos críticos! Exijamos rigor y debate real en los medios, y mucha reflexión. Que en los medios hablen los expertos, no los creadores de opinión.

No podemos olvidar, por último, que los ciudadanos también tenemos una responsabilidad. Tal vez nos hemos alejado de lo público, por incómodo, costoso, poco atractivo, y por propiciar poco beneficio instrumental. ¿Por qué miramos tan mal al que se dedica a la cosa pública? ¿Por qué nos merecen más crédito aquellos que deciden sobre los destinos de empresas, negocios y bancos que sirven a intereses particularistas, e incluso, muchas veces oscuros? Déjenme decirles que hay que recuperar lo público, y no sólo en el mismo espacio público. Diría incluso que lo privado necesita un baño de servicio público, de servicio a una colectividad. No miremos mal a los servidores públicos. Simplemente apartemos del medio a aquellos que hacen del servicio público un uso particularista. Esa es nuestra responsabilidad. Vuestra responsabilidad.

No se trata de buscar ahora responsables o, al menos, no debe ser la prioridad (aunque sinceramente algo ayudaría, desde luego). Se trata de hacer un buen diagnóstico. Hay que descifrar las claves que nos han llevado a esta situación y buscar las soluciones. Las soluciones no pasan por huir, por irse, por abandonar. Sé que esta solución es tentadora cuando ustedes se enfrentan tras años de estudio a unas tasas de paro entre los jóvenes superiores al 50%. Hay que quedarse y luchar, y buscar las soluciones. Y desde luego, estas no pasan por la imposición de mayorías (por mucho que se tengan en el parlamento), ni en fomentar viejas confrontaciones, ni por un repliegue a los nacionalismos insolidarios, cicateros y egoístas que empiezan a proliferar por toda Europa y en España (españolistas o no). No pasan por recortes indiscriminados a las partidas de gasto que, en realidad, afectan a los pilares para salir adelante en el futuro. Tampoco por añorar tiempos pretéritos, que tampoco fueron mejores.

Las soluciones pasan por crear fórmulas nuevas, por innovar. No podemos olvidar que tenemos más recursos humanos que nunca. Sabemos más (aunque no lo apliquemos), tenemos mejores universidades (esta universidad es el mejor ejemplo), tenemos mejores estudiantes, tenemos mejores profesores e investigadores, tenemos generaciones de jóvenes mejor preparados; es decir, os tenemos a vosotros. Nunca hemos tenido una generación de españoles y de catalanes tan bien preparados como vosotros. No dilapidemos todo eso, porque eso es el futuro. Sois el futuro. Debéis de luchar por él, por vosotros, por todos nosotros.

Hay que innovar, y la innovación pasa por el rigor científico y académico, por la reflexión profunda, pero también por el uso de la imaginación, por huir de los lugares comunes, por rehuir la vuelta al pasado. Hay que estar bien formado y luego utilizar la imaginación. Hay que romper los modelos, y sólo se innova a partir del conocimiento de nuestra historia y nuestros errores. Sólo se puede innovar desde el principio socrático de admitir que no se sabe nada pese a saber todo lo conocido. Vosotros sabéis lo suficiente para aplicarlo. Mucho más de lo que vosotros mismos sois ahora conscientes. Aprovechad ese conocimiento y el espíritu que esta institución, de la que yo formo parte, os ha intentando transmitir. Confíad en vosotros y con valor haceros escuchar desde el rigor y la profesionalidad. Innovar, crear, buscar fórmulas nuevas desde el conocimiento y la reflexión.

Yo confío en vosotros para que hagáis todo eso. Habéis sido educados en una institución ejemplar de la que yo me siento orgulloso de formar parte y sé que vais a responder a las expectativas que hoy depositamos en vosotros.

Mucha suerte a todos y mi más cordial enhorabuena.

